

Alfonso Reyes

## Una mirada a San Cristobalónr



**I**GNORAMOS si algún día el pensamiento occidental resolverá definitivamente la dicotomía de la realidad en materia y espíritu. Pero siempre se ha esforzado por tender un puente inefable entre ambos órdenes, reconociendo, de cierto modo, que «la mente agita la mole», como en Virgilio, o cuando menos, como en Descartes, que el orden natural de la necesidad y el orden espiritual de la libertad se mueven con un paralelismo cuya razón por lo pronto se deja en suspenso o (según dicen los fenomenólogos de hoy en día, volviendo sobre una fórmula de los antiguos pirrónicos y otras sectas helenísticas) se pone entre paréntesis.

Así, nunca se negó la relación entre el cuerpo y el alma, en que ya insistían los pitagóricos; y así los médicos hipocráticos establecieron bases de criterio, investigación y nomenclaturas, que desde la primera hora influyeron, trasladadas de uno a otro orden, en la filosofía griega, pasando muchas veces a través del tránsito de la música. De suerte que todavía hablamos del «ánimo templado» como del «instrumento templado»,

y que para los pensadores griegos «armonía» y «estructura» venían a significar la misma cosa.

El Oriente manifestó siempre una marcada tendencia a la integración de la realidad en un todo homogéneo. Superando el animismo primitivo y acarreándolo hasta una verdadera interpretación metafísica, aquella remota sabiduría se atreve a decir que el espíritu de la vida duerme en el mineral, sueña en el vegetal, despierta en el animal y se hace conciencia en el hombre. La doctrina teológica puede añadir: es inteligencia pura en el ángel, y acto puro en la divinidad.

Respecto a la primera etapa (mineral), nada cuesta ya a la moderna física reducir el bloque inerte de la materia a una conglomeración transitoria de explosiones energéticas, y en último análisis, eléctricas; nada le cuesta asomarse al misterio de la integración merced al concepto sintético del espacio-tiempo (Einstein), en que sólidos y pensamientos parecen, siquiera metafóricamente, empezar a fundirse, dando nuevos estímulos (todavía un tanto vacilantes) al idealismo filosófico; y aún parece que las aplicaciones físicas de la industria nos dieran de ellos un tosco ejemplo con las actuales conquistas de la velocidad material, puesto que la velocidad es el orden de la materia que más se parece al espíritu.

Respecto a la segunda etapa (vegetal), la simbiosis de la planta en la mente —no es otra cosa que el efecto de las drogas heroicas en el sistema humano—, nos da idea de lo que puede ser la vida de los árbo-

les, entregados a un perenne sueño del que no saben escapar, como condenados a la poesía (¿el mito de Endimión?)

La tercera etapa, el desperezo animal, que simbolizaríamos en el salto del tigre, no necesita explicación, porque la vida instintiva de «nuestros hermanos feroces» (Renard) o de «nuestro hermano el lobo» (San Francisco) no tiene misterio para un moderno.

Tampoco lo tiene esa revirada o vuelta del espíritu de la vida sobre sí mismo, por contraste y a contrapelo, que es la cuarta etapa o albor de la conciencia humana. Y dejamos para los doctores la etapa angélica y la etapa divina, lo que se entienda por las aristotélicas y tomasianas expresiones de inteligencia pura y de acto puro.

Sobre toda la escala corre una fluidez ascendente hacia el espíritu, de suerte que, como en Jules de Gaultier, puede pensarse que, un día de los días, a orillas de un misterioso Leteo, la mente inventó la mole mediante un acto que Schopenhauer llama «representación» (como algunos filósofos helenísticos), e hizo consigo misma el pacto de olvidar que se había propuesto a sí propia un sueño (Calderón), y que, en esencia, estamos fabricados con la tela misma de nuestros sueños (Shakespeare).

Sobre toda la escala corre también una fluidez descendente hacia la materia sensible. Así el hindú Yagadis Chandra Boose convida a reconocer, con experimentos de laboratorio, que vegetal y mineral reaccionan también a las provocaciones físicas con sensaciones

de placer y dolor o con algo muy semejante. Aquí debe leerse el poema de Shelley sobre *La sensitiva*; aquí debe releerse el pasaje de Dante: «Y me gritó su tronco: —¿Por qué me rompes?»; aquí debe recordarse el verso de Darío: «Se juzgó mármol, y era carneviva».

De suerte que, aunque autónomas en sus disciplinas y métodos, podemos, con un leve esfuerzo de imaginación, completar los eslabones que enlazan la mineralogía, la botánica, la fisiología, la psicología, la ontología. No todo será imaginación: ¿Quién ignora que una receta, hecha de sustancias minerales o vegetales, devuelve el equilibrio fisiológico y, por aquí, el contentamiento del ánimo? ¿Quién, que la psicofisiología trabaja sobre el volatín que salta de la sensación a la emoción? ¿Quién, que James y Lange insisten en que no lloramos porque sufrimos, sino sufrimos porque lloramos? ¿Quién, las exploraciones, bien que algo sumarias, de la Ciencia Cristiana y del «Cuenismo», o las más profundas del psicoanálisis, en que se juntan los caudales que vienen, cuando menos, desde dos cimas eminentes: el socrático parteo del alma, o «mayéutica», y los tribunales de la confesión religiosa?

¿A qué viene, diréis, esta divagación extemporánea? Nunca es ocioso meditar un poco en «los universales». Unos minutos de contemplación diaria a la filosofía, aún de pasada y de mala gana, acaso ayudan a nuestra salvación, como una mirada a la imagen de San Cristobalón —patrono del *chauffeur*— basta para resguardarnos del accidente.